CAPITULO CUARTO.

EL ALMA EN PENA.

I.

Nueve años hacia que un miserable anciano arrastraba la cadena del galeote, acusado de haber hecho desaparecer á su consorte.

Nneve años son la vida y la juventud de un hombre.

El pueblo de Ario habia presenciado el juicio de Antonio Martinez, y sin tener nada que alegar en su favor, protestaba contra la sentencia de los tribunales.

El tiempo habia venido á connaturalizar al pueblo con el espectáculo del presidiario, y á este con su cadena y trabajos de su situacion.

No obstante, aquel hombre esperaba algo, y su resignacion era un aplazamiento al gran dia de la justicia.

La firmeza de carácter del anciano, llegaba á una altura inconcebible.

Se habia propuesto no ver á su hija mientras arrastrara la cadena del presidio, y la pobre niña estaba condenada á la privacion de las caricias paternales, y á ver al desgraciado autor de sus dias, tras las rejas de su ventana, cuando pasaba á la saca de piedra ó á componer los caminos públicos.

Pablo, el hijo mayor, habia desaparecido en el mar tumultuoso de la revolucion; el hijo se habia olvidado del padre, y el hermano de la hermana.

Tres seres envueltos en la noche del infortunio.

Una mañana el cabo de presos echó de ménos al reo Antonio Martinez.

—¿Qué se ha hecho del compañero? preguntó á un presidiario.

—Nada, anoche le subió la sangre, llamamos al alcaide y dijo que el reglamento prohibia abrir el calabozo á deshora; así es que Martinez murió á la madrugada sin ausilio alguno.

El alcaide tenia razon; el reglamento es una ley y cartucheras al cañon.

II.

Al caer la tarde del 9 de Diciembre de 865, una fuerza republicana entraba en el pueblo de Ario, despues de haber hecho huir á la pequeña guarnicion imperialista.

Las autoridades se habian ocultado, y todas las casas estaban cerradas.

Las campanas que tocaban *á rebato*, entraron en muda.

Luego que la poblacion supo que el general Pueblita era el jefe de la fuerza, la ciudad se reanimó como por encanto, se encendieron luminarias y las campanas repicaron, anunciando que el soldado de la revolucion de Ayutla, el querido soldado michoacano, era el huésped de la poblacion de Ario.

Todos los amigos ocurrieron al alojamiento del general, todos lo abrazaban, los viejos lloraban de gusto y de emocion, y los jóvenes se declaraban sus ayudantes, sus soldados, sus guerrilleros.

Pueblita era el hombre de la popularidad en Michoacán, en ese suelo encantado donde Dios ha puesto el paraíso de América.

Pueblita era hijo del pueblo, su elevacion se la debia á sus patrióticas acciones, no se habia ensoberbecido, lo que acrecentaba su popularidad, era republicano de corazon.

Indomable en los principios que el buen sentido le sugería, aleccionado por Ocampo, á quien habia escuchado como á un sacerdote de la democracia, sus armas sirvieron en defensa del progreso y de la libertad, y combatian entonces contra la invasion francesa.

La catástrofe de Puebla y México, la muerte de su querido general Llave, lo habian hasta cierto punto desmoralizado.

Su alma siempre serena como un astro, cedia á la influencia general y

comenzaba á perder la fe, aunque en sus lábios no apareciese nunca una sola palabra que revelase la tempestad de su alma.

Pobre general! al poco tiempo cayó en una emboscada, y fué muerto por el sable de los Cazadores de Africa.

III.

El capitan Martinez lo acompañaba, porque Pablo era hijo, como él decia, "de la mala vida;" nuestro amigo se conservaba tan alegre y entusiasta como el primer dia.

Ignoraba si estaba aún su padre en aquella poblacion, y de todas maneras se habia propuesto ponerle en libertad y vengarse de los que interceptaban sus cartas.

—Yo les tocaré, decia el guerrillero, la música del *maestro Alejandro.*

Pablo no se habia separado del teniente Quiñones, que era mas que un hermano para el guerrillero.

Despues que alojó á la tropa, se dirigió á la autoridad constitucional y pidió alojamiento para él y su compañero.

—No queda ya, dijo el alcalde, sino la casa de los *Duendes* que está á estramuros del pueblo.

—¿Qué duendes son esos? preguntó Martinez.

—Hace tiempo que el señor capitan falta de su pais; á no ser así, ya hubiera llegado á sus noticias la historia de esos duendes y aparecidos que traen revuelta á la poblacion, y que nadie se atreve á afrontar.

—Yo afronto hasta al demonio, ¡cuerno de Lucifer! dadme boleta.

—Para los duendes no se necesita; pero yo le aconsejo al señor capitan que no se esponga á ser *espantado.*

—Preocupaciones, dijo Martinez á su compañero que se reia maliciosamente de los escrúpulos del alcalde.

—Seguid la calle recta, tomad á la izquierda, y desde allí se ve el edificio que se llama el *Castillo de los Duendes*, y el pobre alcalde se santiguó tres veces.

—Compañero, esta noche cenaremos con los duendes, veremos qué tal guisan las *duendas.*

IV.

Los dos amigos se echaron calle adelante, y á los diez minutos estaban reconociendo la casa de los fantasmas.

El capitan ordenó á Quiñones que permaneciera en la puerta mientras él registraba los aposentos.

En vano Quiñones trató de persuadirlo á que se dejase acompañar.

El capitan registró su revolver, movió su espada para asegurarse que no le faltaria en un lance, y prendiendo una tea, se encaminó pistola en mano al interior del castillo de los Duendes.

El edificio era un meson abandonado.

El patio era inmenso, algunos pilares amenazaban ruina, y en el techo de los corredores anidaban los murciélagos que comenzaron á revolotear en derredor de la tea.

—Ea! gritaba el capitan, no me maten la luz, avechuchos del infierno! y agitaba la antorcha para evitar que la apagase el aleteo de los mochuelos.

Estos duendes no parecen, si se habrán trasformado en murciélagos, demonio! es ocurrencia de muy mal gusto.

Atravesó los pasadizos desenladrillados y se internó en los aposentos.

Todo estaba desierto.

En uno de los cuartos habia un banco de cama y una mesa, todo cubierto de polvo.

—¡Magnífico! esclamó, la mesa para mí, la cama para Quiñones.

El viento silbaba con furor entre los bastidores de las puertas hechas pedazos.

—Pues señor, los fantasmas han desaparecido: como no me inquieten esta noche, yo los dejaré tranquilos; parece que estos duendes no se atreven á los revolvers; seis tiros son mas que respetables.

Volvió á bajar las escaleras apartando la yerba que habia crecido en todos los tramos, así como en los patios de la finca abandonada.

V.

—Ya estaba inquieto, mi capitan, dijo Quiñones, yo he tenido que emprender una lucha con los murciélagos.

—Era una guerrilla de la fuerza que me atacó en los corredores. Tenemos un alojamiento de príncipe, una mesa y una cama, ni Maximiliano pasa una noche mas cómoda.

—Mirad como nos acechan los vecinos, seguramente nos juzgan aparecidos.

—Vamos á cenar y luego volveremos á dormir el sueño del justo, á menos que se les antoje á los franceses darnos un albazo.

Los dos amigos se dirigieron á la fonda del pueblo, cenaron como dos arzobispos, y tomaron una dósis suficiente para resistir á cuantos fantasmas les diese la gana de asaltarlos.

—Compañero, yo debo tener familia en este pueblo; hace algunos meses que supe que mi hermana se habia trasladado á la poblacion; mañana temprano indagaremos. La suerte de mi padre me inquieta, yo soy un ingrato, con la revolucion he olvidado todo, le he enviado dinero á mi hermana y nunca he tenido contestacion, la oportunidad no es de desperdiciarse, yo dejo todo arreglado, y desato para de una vez este maldito enredo que me trae inquieto hace tantos años.

—El general quiere á usted mucho, mi capitan, y hará cuanto usted le diga.

—Compañero, fuera de este maldito asunto, ya nada me detiene, entonces no me volverán á ver de mal humor, yo sé pelear riéndome, teniente Quiñones, la muerte es mi amiga.

VI.

Regresaron los dos guerrilleros á su casa alojamiento con grande asombro de las viejas y vecinos medrosos del pueblo, que los veian como almas tentadas por los espíritus malignos.

La noche habia cerrado oscura y lluviosa, y comenzaba á azotar una tempestad de invierno.

El capitan comenzó á recordar sus años de la niñez deslizados en la tranquilidad del hogar paterno, las caricias de su infortunada madre y las gracias dulcísimas de su hermana, de aquella criatura angelical á quien no habia vuelto á ver hacia nueve años.

Quiñones se durmió tranquilamente, mientras el capitan habia entrado en ese vago sopor que precede al sueño, en que comienzan á aparecer tomando forma las imágenes, y se percibe el acento de la voz, para entrar en las regiones del infinito y de lo irrealizable.

Estaba envuelto en la nube de sus pensamientos, cuando un ruido de cadenas se dejó oir en la pieza inmediata.

Sentóse el capitan violentamente y amartilló su revolver.

Esperó un momento.

El ruido se oyó mas cerca.

El capitan se estremeció: involuntariamente se llevó la mano al corazon y procuró serenarse.

Quiñones dormia profundamente.

El capitan no quiso despertarle porque no lo tomase por terror, así es que esperó decidido á los fantasmas, resuelto hasta al último trance.

VII.

Un golpe de viento mató la luz del mechero, y todo quedó envuelto en una tiniebla espantosa.

El ruido se acercaba mas y mas.

La puerta giró sobre sus goznes, y se percibió claramente el paso de una persona que entraba en el aposento.

El capitan estaba seguro de no soñar, iba á disparar, cuando recordó que Quiñones podia haberse movido y podria matarlo tirando al acaso.

Una mano fria y trémula se posó en el hombro del guerrillero.

El capitan se estremeció aterrorizado, quiso disparar la pistola, pero el fantasma le asió con la otra mano con una crispacion nerviosa terrible.

Quiso gritar el guerrillero, pero su lengua no tuvo accion, estaba paralizada.

—No hagas movimiento alguno, dijo con voz lúgubre el fantasma, porque eres muerto tú y ese desgraciado que te acompaña.

—Bien, dijo el capitan, ¿qué me quieres? tú no eres una persona del otro

mundo, algo te arrastra hácia mí cuando sabes que yo no puedo inquietarte, porque solo esta noche dormiré en este edificio.

El fantasma permaneció en silencio.

—Habla! gritó el capitan, desesperado y procurando desasirse de las ligaduras que parecian hierro; si eres un asesino estoy á la merced de tu puñal, si nó, dime lo que quieres de mí.

—Matarte!.... no, seria mucha sangre; tú debes vivir pero léjos de aquí.

—¿En qué puede inquietarte mi presencia?

—Pablo Martinez, este sitio es funesto para tí, dijo el fantasma con voz cavernosa.

El teniente Quiñones oia la voz del capitan, y dijo entre dormido y despierto:

—Mi capitan sueña con los duendes.

El capitan perdió la esperanza de que lo auxiliara su compañero.

—Al saber mi nombre, tú debes conocerme.

—Sí, dijo el fantasma, he seguido tus pasos en la revolucion, solo tú puedes ejercer una venganza.

Esa palabra arrojó una luz en el corazon del guerrillero.

—¡Dios mio, esclamó, mi madre!

—¡Silencio! voy á hacerte una revelacion en esta memorable noche.

—Habla, dijo con voz ahogada el capitan.

—Tu madre era hermosa: hubo un hombre que sintió por ella una pasion violenta y la arrebató del fondo de su hogar para encarcelarla en un sótano horrible donde ha vivido sepultada durante nueve años.

—¡Conque mi madre vive! esclamó el capitan.

—Cuidado con que ese hombre despierte, porque no sabrás una palabra mas de este secreto.

—Ya te escucho.

—El infame raptor tuvo un confidente, un cómplice que obedecia ciego sus mandatos....

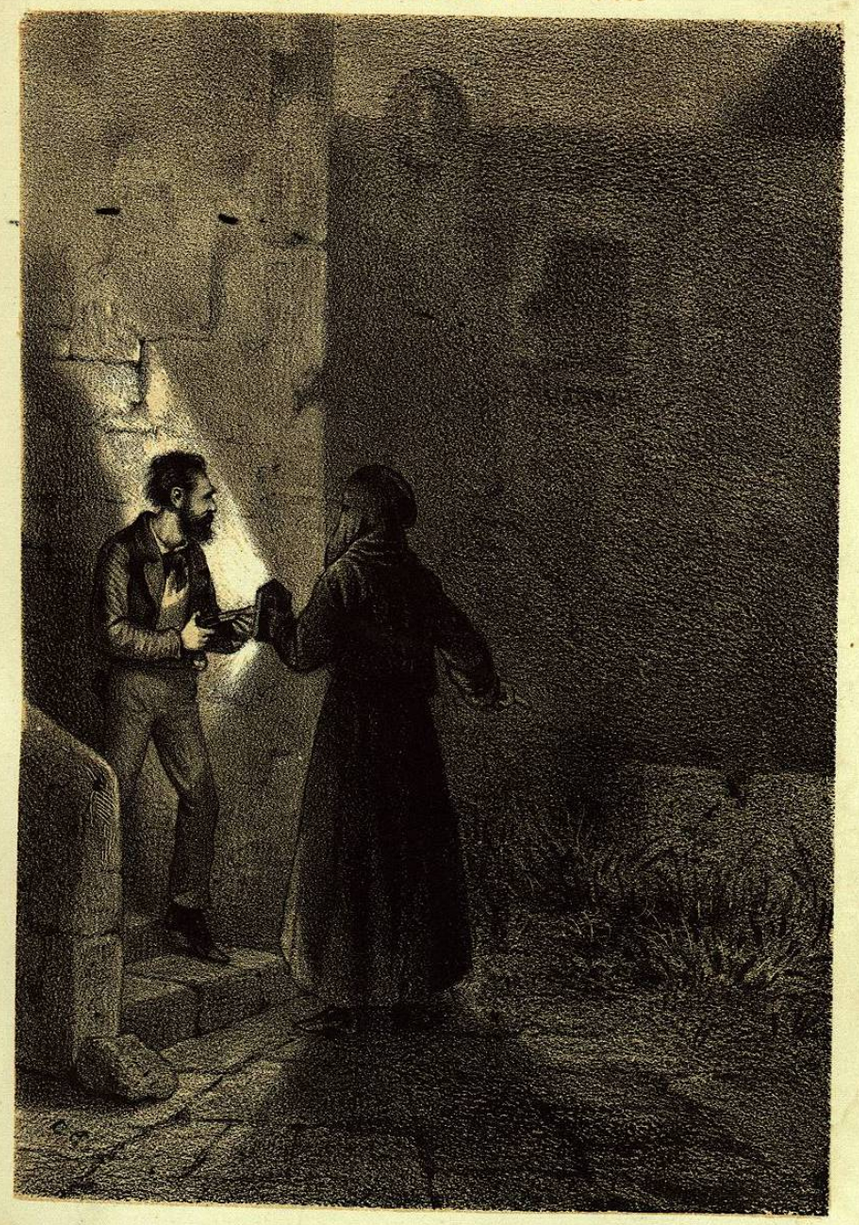
—Continúa por compasion, dime algo de mi madre.

—Dos gemelos fueron el fruto de aquella sacrílega union, de aquel horible adulterio.

—Pero mi madre no le amaba.

—No, ella fué violentada; por medio de un engaño se la llevó á una casa donde hasta hoy permanece. El miserable que habia arrancado por

EL CERRO DE LAS CAMPANAS



EL ALMA EN PENA

medio de la fuerza lo que nunca indicó por amor, ha seguido una senda terrible de crímenes. Aquellos dos niños fueron entregados al cómplice para hacerlos desaparecer.

—Pero ese hombre es un infame! esclamó el capitan.

Quiñones hizo un movimiento.

—Silencio, volvió á decir el fantasma. Ese hombre cree que esos niños han muerto, teme que por la huella se descubra su crímen.

—Y no hay justicia en el cielo!

—Sí, sí la hay y terrible: escucha, capitan. El cómplice llegó á tener una pasion por la víctima desgraciada, pero fué descubierto, y desde entonces tu infeliz madre arrastra una existencia mas dolorosa aún, y el cómplice por temor de subir al cadalso no se atreve á denunciarle.

—Todo esto es horrible, espantoso!

—Es necesario que salves á tu madre, ya que la Providencia te conduce á este sitio despues de tantos años, como la mano de un destino vengador.

—Estoy pronto.

—Sígueme.

Levantóse resuelto el capitan.

El fantasma sacó de entre su mortaja una linterna sorda, y se echó adelante seguido del guerrillero.

VIII.

El capitan Martinez seguia al misterioso fantasma lleno de ansiedad: si la linterna se hubiera vuelto hácia Pablo Martinez, se hubiera contemplado aquella fisonomía siniestra, aquella mirada torva, y unos lábios trémulos y convulsos por el corage y la emocion.

Atravesaron los desmantelados corredores, multitud de departamentos derruidos; bajaron por una escalera húmeda y llena de yerba y penetraron en un pátio estrecho.

El fantasma se detuvo.

—Hemos llegado? preguntó Martinez.

—Sí, dijo el fantasma, amartilla tu pistola.

El capitan amartilló su revolver.

—Toma la linterna.

El capitan la tomó y dirigió el foco de luz al rostro de su misterioso interlocutor.